

DIEGO DÍAZ

*Grupo Antropocaos
Universidad de Buenos Aires*

INTRODUCCIÓN

Como un borroso reflejo de algún mito fundacional, la antropología social abandonó el estudio sistemático de la cultura material, fuente y objeto de su hermana la arqueología, concentrándose justamente en lo que a aquella le faltaba: la oralidad. La expresión más clara del dato que recupera la antropología social es un grado más llana que el objeto de su focalización, es decir el texto. Las entrevistas, en todos sus formatos; las observaciones, con participación, participante, sin intervención; todas se traducen a texto. Pero el origen, en la mayoría de los casos, proviene de la oralidad.

Es cierto que en un comienzo, mediados del siglo XIX, cuando las ciencias sociales se repartieron las culturas, en forma paralela al reparto de los países por parte de las potencias europeas, las sociedades ágrafas cayeron bajo el ejido de la antropología social. Hoy día las cosas cambiaron y si bien prácticamente no quedan grupos humanos sin escritura, el modelo educativo impuesto en casi todos los países así lo indica, nuestra disciplina continuó indagando en los comportamientos y saberes locales.

Con el correr del tiempo, la antropología siguió la trayectoria de los pueblos que iban siendo incorporados en forma no muy voluntaria al proceso de globalización, y adaptó muchos de sus métodos para

el trabajo en sociedades mayores. Aún así, la vocación por lo local prevaleció y en esa vertiente se encuentra enrolada la mayor parte de la investigación antropológica. Algún día habrá que replantearse acerca de ciertos lugares que fueron genuinamente antropológicos y que, en particular en la enseñanza de la disciplina, se los negó de plano. Nos referimos a los trabajos de Murdock y su escuela comparativa estadística, a los estudios de Leslie White y sus compañeros neoevolucionistas, a las investigaciones de Franz Boas sobre crecimiento y desarrollo, etc.

Si bien los etnógrafos con una sólida formación utilizan todos los medios de información que puedan encontrar, siguiendo inclusive la máxima malinowskiana de que todo aquello que puede ser medido debe ser medido, se observa un sesgo en la elección de las fuentes de datos y una preocupación casi inexistente por los restos materiales de la cultura en estudio. Existe una inmensa cantidad de información dispersa en forma de cultura material que requiere de métodos y de un marco teórico para interpretarla; el conocimiento básico, aunque orientado en otra dirección, lo poseen nuestros primos disciplinares, los arqueólogos.

Más allá del uso de la etnoarqueología, que en algún sentido está restringida a los objetivos de la arqueología y que se concentra casi exclusivamente en sociedades cazadoras recolectoras, el intercambio de información entre las dos ciencias puede tener un carácter enriquecedor, si se comprende el verdadero sentido de la interdisciplinariedad y se la comienza a practicar entre las dos más cercanas, tanto por historia como por intereses comunes.

MATERIA Y MATERIALISMO

El abandono de la cultura material por parte de la antropología sociocultural, no implica necesariamente la ausencia de estrategias materialistas. Aquí hay que establecer una distinción entre un abordaje materialista de la cultura y la cultura material en sí misma. Tal vez esta aclaración implique, en la mayoría de los lectores, un perogrullo, una verdad por todos sabida, sin embargo puede servir de disparador para repensar los conceptos clave como cultura, objeto de estudio, y por qué no, la propia teoría antropológica. Luego de esta reflexión

nos concentraremos en el tema principal del texto, es decir las posibilidades de investigación que ofrece la cultura material y su relación con el trabajo de campo.

Dentro del terreno de la filosofía se pueden observar dos estrategias básicas de investigación. La primera basada en un enfoque material y la otra en un enfoque idealista. En el primer caso la materia tiene preeminencia por sobre el pensamiento. Existe una realidad objetiva que puede ser conocida por el pensamiento. Asume una paradoja relacionada con que la mente humana es un producto de la propia materia, un nivel particular de organización de los elementos constituyentes con una propiedad autorreferencial. La materia pensándose a sí misma. Como sostenía Engels en la "Dialéctica de la Naturaleza" cuando afirmaba que con los seres humanos, el propio universo toma conciencia de sí mismo, o en una versión con cierta reminiscencia de Gregory Bateson, que el universo, a través de los seres humanos, toma conciencia de la conciencia de sí mismo.

Aquí hay que hacer una distinción con lo que vulgarmente se considera materialismo. Desde el sentido común se denomina materialista a aquella persona preocupada exclusivamente por los bienes, por la acumulación de riqueza. Aquella persona cuyo único interés radica en la apropiación de lo material, bordeando la frivolidad más ramplona, se la denomina materialista. Es cuando menos extraño que en una sociedad capitalista, cuyo único objetivo es la generación y acumulación de capital, se condene el materialismo, entendido en esta última forma. Lo que debe quedar bien claro es que la estrategia materialista, tanto en filosofía como en ciencia, dista mucho de la definición que da el sentido común.

En el segundo caso, el idealismo plantea que la realidad externa no puede ser conocida sino existe una mente que pueda interpretarla. En su versión más extrema, se niega la existencia misma de la realidad, cayendo en lo que se conoce como constructivismo radical. Para el idealismo existe, por un lado el objeto en sí mismo y por el otro el objeto tal como se presenta a los sentidos, por medio de los cuales se permite conocerlo. Este concepto también es utilizado desde el sentido común, tal como vimos en el caso del materialismo, con una definición diferente.

Vulgarmente se considera idealista a aquella persona que impone a sus hechos la impronta de sus ideas. Que las defiende y las lleva a cabo aún a riesgo de su propia vida. A diferencia del materialismo, el idealismo así entendido, goza, en nuestra sociedad, de prestigio, al menos discursivo.

En ambos casos, tanto en el materialismo como en el idealismo, hay una apropiación por parte del sentido común, que dista mucho de las definiciones técnicas que son las que aquí interesan.

El idealismo sobrevive en las ciencias sociales de la mano de la fenomenología y de algunas otras teorías, como las que propone Mary Douglas, que priorizan las categorías del entendimiento por sobre las determinaciones materiales. Hay toda una tradición de largas discusiones en las ciencias sociales acerca de la preeminencia en el desarrollo de una sociedad o bien de lo material o bien de lo ideal.

La tendencia a ver significados y a convertirlos en objetos de estudio, tal es el programa de investigación de la fenomenología antropológica por ejemplo, omitió de sus materiales de estudio el canal por el que circulaban esos significados. Así fue dejada de lado la cultura material, que podría haber sido de utilidad a la hora de identificar que elementos, tanto de la estructura social como de la propia naturaleza del objeto, como de su carácter relacional, definían los significados. Cómo el mismo elemento en contextos diferentes portaba significados también diferentes.

Por el lado del materialismo sucede, en definitiva, algo similar. Si bien el énfasis está puesto en el determinante material, éste es entendido como la estructura económica que moldea al resto del sistema social, básicamente a las esferas política y simbólica. Pero como vimos anteriormente, lo material no se refiere a la cultura material, sino a la composición modélica de la sociedad. Desde un punto de vista marxista, los componentes de la estructura material son las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Dentro de las primeras se encuentra la tecnología empleada y los medios materiales, tales como la tierra, el agua, la energía. La importancia para este marco teórico está dada por la organización del trabajo, tanto en su relación con las materias primas, en la relación de los trabajadores entre sí y en la relación de los dueños de la fuerza de trabajo con los dueños de los medios de producción. Otra vez aquí no hay un énfasis

en los objetos en sí mismos, es decir en la cultura material, sino en el carácter diferencial otorgado a la abstracción dividida en estructura y superestructura.

Cuando decimos que no está puesto el acento en la cultura material, nos estamos refiriendo a que no hay desarrollados, ni en la fenomenología ni en el materialismo histórico, métodos que permitan llevar a cabo análisis en donde estos elementos se encuentren tipificados. De algún modo, podemos decir, que la antropología social, se encuentre en el marco teórico que se desee, está necesitando una especie de teoría de rango medio, a la manera de Lewis Binford. Este arqueólogo planteaba la necesidad de conectar las conductas sociales con el registro material, tomando en cuenta los procesos de transformación que le ocurren a los objetos desde su descarte y el patrón que se genera en la distribución de los elementos materiales, fruto de un tipo de conducta particular. Los intereses de la arqueología, en este ámbito, estaban orientados a la explicación de conductas del pasado, basándose en las observaciones realizadas en poblaciones actuales que compartieran algunos rasgos; de allí el nacimiento de la etnoarqueología.

Desde la antropología social no existe el mismo grado de interés por la explicación o descripción de las formas de vida del pasado, sino la conexión existente entre la cultura material y las pautas actuales de conducta, que si bien pueden y suelen tener antecedentes en la propia historia del grupo, el horizonte temporal con el que trabaja el etnógrafo nunca se remonta a miles de años atrás. Además, para el antropólogo social, las relaciones históricas marcan una continuidad generalmente rastreable entre el pasado y el presente, básicamente porque se trata de la misma unidad cultural, más allá de las transformaciones que pueda haber sufrido. De cualquier forma y a pesar que los objetivos, en última instancia, tanto de la antropología como de la arqueología sean diferentes, es factible presumir que el trabajo mancomunado, básicamente la explicitación de los métodos para el análisis de la cultura material, pueda ser de suma utilidad para la antropología social. A su vez, esta intimidad, puede servir a los objetivos arqueológicos; sobre todo si desde el lado social, se comprenden las problemáticas de investigación y se aporta información que enriquezcan los modelos interpretativos de los arqueólogos. En

el arduo camino del conocimiento científico, las interacciones suelen devolver resultados positivos. En última instancia las fronteras entre las disciplinas son difusas y se disuelven en el dilema del primate investigándose a sí mismo.

LA CULTURA MATERIAL COMO FUENTE DE INFORMACIÓN ANTROPOLÓGICA

En un sentido amplio no existen símbolos culturales que no posean una contrapartida material, necesaria para su existencia completa. Aunque la manifestación pueda ser efímera, tal el caso de una frase pronunciada al pasar o de un gesto inadvertido, no puede dejar de existir, ya que su realización así lo exige. En una definición posible, muy cercana a la de Leslie White, la cultura puede ser entendida como toda aquella información que es transmitida por medios no genéticos. Si bien la selección artificial de animales y plantas, conocida en la humanidad al menos desde el neolítico y la capacidad de manipulación genética, podrían ser utilizados como objeciones a la definición propuesta; no son en este caso los rasgos genotípicos o fenotípicos meros portadores de modificaciones biológicas. Antes bien, esas singularidades expresan el conocimiento humano como el fruto de un colectivo social. Suceda en una aldea de la medialuna fértil de hace 9000 años o en un laboratorio de una universidad moderna.

Muchos de los significados de los objetos portadores de cultura no pueden ser comprendidos sin tomar en cuenta las trayectorias que les dieron origen. Así sucede, siguiendo con el ejemplo, con una única espiga de trigo hallada fuera de su contexto. No hay posibilidades de saber, sin conocer el ancestro salvaje del cereal y la manipulación del *Homo sapiens* del holoceno temprano con fines alimentarios, que el tamaño de sus granos no responde a la variabilidad natural. Lo mismo ocurre con la escritura rongo rongo de la Isla de Pascua o con los jeroglíficos egipcios antes de la campaña napoleónica y su sana costumbre de llevar además de armas, curiosidad científica. Claramente se los identifica como objetos portadores de cultura. Nadie puede negar la impronta humana de los signos escritos en forma recurrente, más allá de que sus significados permanezcan oscuros hasta su desciframiento.

Gran parte de la investigación arqueológica navega por las desconocidas aguas del objeto sin sentido. Construye su mapa con las islas de conocimiento de aquellos elementos de los que se presume su funcionalidad. Profundizando en la interpretación, los conecta, generando un archipiélago que permite vislumbrar un alto grado de coherencia cultural. Los objetos con los que trabaja la arqueología tradicional tuvieron la suerte de sobrevivir a los procesos taxonómicos, al desgaste, a la dispersión por diversos factores, en definitiva a lo que Schiffer denomina contexto sistémico y contexto arqueológico. A partir de esta información incompleta, tanto en el objeto en sí mismo, ya que en general no se encuentran piezas enteras, como en la trayectoria de formación, uso y descarte, la arqueología desarrolló una serie de herramientas metodológicas que le permitió realizar interpretaciones con un alto grado de plausibilidad.

En el trabajo de campo antropológico las cosas suelen ser diferentes. En primer lugar al trabajar con poblaciones vivas se tiene la esperanza, cuando no la certidumbre, de poder observar *in situ* las situaciones que llevaron al descarte, en última instancia, del elemento de la cultura material que llama nuestra atención. En segundo lugar suele transcurrir un menor lapso de tiempo entre el deshecho y el encuentro del ecofacto, artefacto o estructura, por utilizar cierta terminología arqueológica, con el investigador; este fenómeno permite observar a los objetos en un mejor estado de conservación. En tercer lugar, el etnógrafo, tiene la posibilidad de preguntar directamente por el significado no sólo del objeto sino de la causa de su descarte; posee mayor cantidad de fuentes de información para corroborar no sólo lo que se hace, sino lo que se dice y lo que se dice que se hace, tal cual el planteo metodológico de Malinowski.

Vamos a introducir aquí un extracto pertinente acerca de una vivencia particular y que fue la disparadora de la presente reflexión. Abandonaremos la primera persona del plural, concientes de la falta de concordancia en el número. Una licencia menor comparada con los juegos posmodernos y sus experimentos con la escritura etnográfica. En definitiva, un fragmento de un diario de campo en el que se percibía la necesidad de escribir este texto.

"En mi experiencia personal en el trabajo de campo, me di cuenta no sólo de las enormes carencias metodológicas, sino, básicamente, de la cantidad de información materializada en objetos, que no podía interpretar, por carecer de las herramientas adecuadas. De allí surge la necesidad, más un pedido de ayuda que una reflexión sobre el marco de una investigación, que se plasma en este texto. El desencadenante de esta situación merece ser contado, ya que puede ilustrar desde donde surge el reclamo. Me encontraba hablando con una informante acerca de las pautas alimentarias, en una zona semirural. Un barrio que posee quintas y huertas y que mantiene lazos con el ámbito plenamente rural, según habíamos podido establecer en trabajos de campo previos. Desde el lugar en el que nos encontrábamos hablando, podían verse las casas vecinas, los patios y las medianeras que eran de escasa altura. Un cierto patrón, tanto en materiales como en estructura, se observaba en el conjunto de casas al que accedía mi mirada indiscreta; como suelen ser las miradas de los antropólogos en el campo, una mezcla de curiosidad y abstracción. Certeza de las particularidades y esperanza de encontrar regularidades. Lo cierto es que la charla transcurría entre carriles normales, hasta que alguien del equipo preguntó si se comía *charqui* (carne secada al sol). La respuesta fue una risa acompañada de una clara negación, típica reacción ante una duda anacrónica de un etnógrafo mal informado. En estos casos, a uno lo asaltan los fantasmas del ridículo, y de la imagen que se genera frente al informante. Si bien es cierto que uno insiste una y otra vez, que el objetivo básico es aprender las costumbres del lugar y no imponer un orden científico (esa imposición se realiza a la hora de establecer el análisis y no al momento de la recolección de los datos), la sensación de haber cometido un error no es sencilla de erradicar. El frío se hacía sentir en la mañana soleada y en un momento me ví persiguiendo el rayo de Febo que se filtraba entre las medianeras y las paredes de las casas. No fueron muchos metros los que me moví, apenas unos 2 o 3 desde el lugar en el que estábamos haciendo la entrevista. Fue allí que lo ví. A escasos 20 metros de donde nos encontrábamos, colgaba, muy oronda, una gran porción de carne secándose al sol. Hasta me pareció ver que se dibujaba la cara de Malinowski entre los tejidos musculares, la grasa y el cuero. Rápidamente compartí el hallazgo con los compañeros del equipo; discretamente nadie le hizo la menor observación a nuestro informante. Su silencio nos disparó una serie de hipótesis. Por un lado era posible que sinceramente nunca se haya percatado del uso del charqui; por otra parte era factible que, frente al equipo de investigación de la Universidad de Buenos Aires, se haya evaluado que ciertas costumbres, era conveniente no revelarlas, quizás considerándolas símbolos de un atraso imaginario o previendo la reprimenda típica del Modelo Médico Hegemónico. Vale la aclaración que nuestro equipo estaba siendo presentado entre los vecinos por el agente sanitario del lugar por lo que el vínculo con el Hospital era imposible de erradicar.

Más allá de la lección metodológica, de observar en carne y hueso los problemas que los padres de la antropología ya habían previsto, me disparó, el suceso, una serie de reflexiones acerca de la enorme cantidad de información,

en forma de cultura material que desperdiciamos por no poseer algunas herramientas de recolección y análisis de esa clase de información.

A partir de ese momento, empecé a observar con detenimiento, en cada entrevista que tuve, cuanto elemento se encontraba en el lugar, desde basura hasta la distribución espacial de las casas y pensando de qué forma se podría relevar e interpretar esa información.”¹

Hasta aquí el extracto, encerrado entre comillas para resaltar su condición de extranjero en su propio texto. Un fragmento de un diario de campo no traducido al lenguaje del presente artículo.

Continuando con la cultura material recordamos como la basura, tal como mostraron los trabajos clásicos del Tucson Garbage Project de la Universidad de Arizona dirigido por el profesor William Rathje, puede ser analizada para encontrar divergencias y correspondencias con lo que manifiesta la gente en sus discursos. En nuestro trabajo de campo, hemos realizado recordatorios nutricionales y llama la atención que en ninguna de las respuestas, siendo que eran todas sobre consumo alimentario tanto de sólidos como de líquidos, nunca apareció, ni siquiera mencionado, un vasito de vino. Evidentemente ese silencio significa algo. Existe una chance, muy baja por cierto, que la gente entrevistada no bebiera nada de alcohol, aunque la probabilidad cae aún más si se toma en cuenta el número de unidades domésticas registradas, aproximadamente 50 y que el cuestionario estaba basado sobre datos del fin de semana, además del indicio que provoca el hecho de que la provincia tenga el índice más alto de alcoholismo del país. En este caso y dado que el trabajo antropológico, tal como lo entiendo, no debe filtrar información que pueda ser perjudicial para los informantes, es posible realizar un sondeo de la basura y comprobar si lo que se expresó en los recordatorios coincide con el registro material.

La naturaleza de los objetos materiales, tanto su composición como su producción, es un indicador de la estructura social. La distribución de esos elementos en el espacio nos puede dar señales de las creencias y de las posibilidades de quienes los distribuyeron. Si

¹ Diego Díaz Córdova, diario de campo, abril de 2008, Quebrada de Humahuaca.

bien, como venimos diciendo en este texto, dentro de los métodos de la antropología social, el análisis y recolección de la cultura material no presenta un perfil muy popular, desde una perspectiva teórica se vislumbran ciertos conceptos que pueden servir a esos fines.

Sabemos fehacientemente que en una sociedad jerárquica tanto el acceso como el consumo efectivo de bienes y servicios es diferencial de acuerdo al estrato en el que se encuentren los actores. Aún en una sociedad de consumo, como la que genera el sistema capitalista, en la que existe una cantidad tal de bienes que una mirada ingenua o bien tendenciosa podría observar como indicador de movilidad y equidad social, las diferencias entre las clases en cuanto al tipo de consumo pueden ser identificadas con claridad. En algunos ámbitos, tales como el relacionado con la alimentación, los marcadores de clase son notorios. Más allá de las variaciones que puedan encontrarse y que hacen a la naturaleza dinámica del estudio de la cultura, se corrobora tanto en el ámbito cuantitativo como en el cualitativo, la pertenencia social de los actores en función de los alimentos que consumen. No queda tan claro si este esquema, tan transparente en el caso de la comida, pueda aplicarse al resto de los objetos. Seguramente guardan una relación con la forma de la sociedad que los produjo y que los consume; el premio mayor está en encontrar el vínculo.

Uno de los métodos que podrían aplicarse en antropología es el que analiza la distribución espacial. Con la revolución informática, los GIS (Sistemas de Información Geográficos) son, hoy día, moneda corriente entre los arqueólogos. En líneas generales, esta clase de software se utiliza para encontrar correlaciones entre sitios arqueológicos. Existen versiones para el trabajo intrasitio, es decir para el análisis de los objetos dentro de un mismo yacimiento, como el vbGis desarrollado por Carlos Reynoso y nuestro equipo, Antropocaos de la Universidad de Buenos Aires y que señala uno de los hitos fundacionales del grupo de investigación. La ventaja de este programa es que permite el análisis en espacios pequeños, estableciendo lazos entre los objetos, sustentados tanto por información cuantitativa como cualitativa. Esta aplicación, si bien fue pensada para el trabajo arqueológico, casi como una representación virtual de las cuadrículas, tiene potencial para el uso antropológico. A cada objeto puede asignársele una etiqueta identificatoria, con lo cual, la descripción de los elementos corre por

cuenta de cada investigador. El programa brinda una serie de cálculos estadísticos para establecer correlaciones y vínculos entre los objetos dentro del sitio y permite generar textos explicatorios o descriptivo tanto de los objetos en sí mismos como de sus relaciones.

La tradición del trabajo de campo indica que es siempre útil dibujar en un papel un mapa de la locación en la que se está investigando. Las etnografías siempre traen esa clase de adornos que jerarquizan el texto y nos ubican dentro de la historia. Dejando de lado la ironía, la utilidad de la distribución espacial es innegable. Así, se puede dar cuenta, por ejemplo, de las distancias entre los artefactos o estructuras y relacionarlas con la importancia que poseen dentro del esquema.

Ilustremos de que forma puede ser utilizado el análisis del espacio y sus elementos con un ejemplo plausible aunque ficticio, es decir, virtual. En estos tiempos modernos en los que el antropólogo realiza su trabajo de campo en una región exótica, como puede ser el ámbito de una empresa, la arquitectura interna de una oficina ofrece una cantidad de información que excede la que puede obtenerse mediante entrevistas u observación participante, y básicamente, que no se contrapone con esta última. Si se pasea por una oficina clásica, puede cualquiera darse cuenta rápidamente que hay un sector amplio que posee varios escritorios. Cada uno con una computadora. Hay algunos espacios que se encuentran cerrados, en los que generalmente hay un solo escritorio y una sola computadora, generalmente más moderna que la del sector más amplio. Es un claro indicio de una estructura jerárquica, al menos es factible plantear la hipótesis. Si la computadora del sector que se encuentra aislado es más moderna, se podría sospechar que la persona que trabaja allí realiza una tarea tal que requiere de un mejor equipo. Sin embargo, con un mínimo de observación uno puede figurarse que es posible que la diferencia se deba simplemente a la posición jerárquica y no a una necesidad laboral. De hecho, la experiencia indica que la última afirmación es la que se revela como cierta.

En toda estructura piramidal, la ubicación en los escalafones altos no sólo supone mayor responsabilidad, casi siempre acompañada de una mayor retribución salarial, sino también algunos privilegios que no están en una relación directa con la tarea que se debe desempeñar.

Podríamos decir que se filtran ciertas dispensas que se vinculan con la situación de poder que se desprende de toda jerarquía y no con el trabajo en su naturaleza específica.

Concordamos con que el ejemplo fue trivial y nos protegemos con el paraguas de la excusa de la exploración y el experimento textual. Mejores y más profusas descripciones nos reveló Foucault en *Vigilar y Castigar*, aunque hay que admitir que su interés radicaba en una teoría del poder y la utilización de la arqueología en su obra, es más una metáfora que una literalidad punto a punto.

La banalidad de la relación existente entre la estructura jerárquica de una empresa capitalista y su distribución espacial en una de sus oficinas es del mismo tenor que la que se encuentra entre una sociedad estratificada como el Antiguo Egipto y sus obras más encumbradas, las pirámides. El tan mentado misterio se desmorona en cuanto se tiene en claro lo que plantea una teoría materialista acerca del poder que puede ejercer una elite sobre las clases subalternas. El único secreto de las pirámides es el enorme prejuicio de la sociedad occidental para con los pueblos africanos y del tercer mundo en general.

EPÍLOGO

El espacio, el análisis de los objetos que ocupan ese espacio y las relaciones entre sí, es decir la cultura material en todas sus expresiones, esperan los oficios interpretativos del antropólogo social. Para ello es menester aprender de nuestros primos los arqueólogos, quienes desde siempre vienen lidiando con restos culturales. La tarea no es para nada trivial, de hecho la dificultad es tan grande que si no se posee un ojo entrenado es difícil distinguir cuando un registro fue un producto del trabajo de un ser humano (al menos un homínido) o de otro miembro del grupo de los seres vivos o de cualquier fuerza alternativa de la naturaleza.

Las interpretaciones que realizan los arqueólogos sólo pueden ser corroboradas por las relaciones con otros objetos de la cultura material. En forma indirecta y tomando todos los recaudos teóricos y metodológicos del caso se pueden utilizar únicamente los datos recolectados en poblaciones vivas. Con toda esa información se desarrollan los marcos teóricos que guían las explicaciones hipotéticas.

Un intercambio justo exige una retribución de nuestra parte. Por sí misma y por la utilidad que pudiera tener para la arqueología, la antropología social debería desarrollar marcos teóricos sólidos que permitieran inferir los comportamientos humanos aún teniendo información incompleta. Pero no todo es nihilismo interpretativo en nuestra disciplina ni lo único que tiene para ofrecer son metáforas elegantes y oscuridad operativa.

Desde la antropología de la complejidad se vislumbran dos alternativas que pueden despertar la curiosidad del arqueólogo inquieto. Vamos a realizar una pequeña reseña de cada una sin ánimo ni posibilidad de ser exhaustivos. La primera tiene que ver con el desarrollo de modelos de simulación y las posibilidades que posee esta herramienta. La segunda con el uso de fractales y más generalmente de la geometría en la distribución espacial, siguiendo la línea iniciada por Ron Eglash en su clásico "*African Fractals*".

MODELOS DE SIMULACIÓN

Los modelos de simulación son herramientas virtuales que exigen un contexto informático para poder correrlas. En principio el único límite a lo simulable está en la imaginación del investigador. Lo importante es escoger con cierto grado de certeza que elementos son los que se ponen en juego y que reglas rigen el comportamiento de los elementos entre sí y su relación con el contexto. Las posibilidades que brindan los modelos de simulación con respecto al estudio de la cultura material no fueron aún del todo exploradas y mucho menos agotadas. Casi a hurtadillas, así lo exige la novedad del método, inferimos algunos usos posibles.

Hace ya varios años, el profesor Carlos Reynoso y el profesor Hugo Yacobaccio, ambos de la Universidad de Buenos Aires, diseñaron un modelo de simulación, que emulaba el descarte y la transformación del registro arqueológico. El objetivo era determinar cuales eran los procesos taxonómicos y de otra naturaleza que afectaban a los restos óseos luego de su descarte. La simulación iluminaba en algunos aspectos acerca del tamaño de la población que había manipulado esos restos y con que grado de modificación se le presentarían al arqueólogo al momento del hallazgo.

Otras formas de uso de las simulaciones incluyen la distribución espacial y la generación del descarte de los objetos. En el primer caso nos referimos a la búsqueda de los límites, a partir de los cuales las relaciones entre los elementos y de éstos con los agentes tornan dificultosas las operaciones. En el segundo caso podemos indagar en la utilización y reutilización de los objetos hasta el momento del descarte, incorporando una tasa de desgaste que en forma decreciente vaya restando valor de uso.

Los modelos de simulación, entonces, nos permiten llevar a cabo tareas en el entorno de la computadora que de otro modo sería casi imposible realizar. Aplicados a las ciencias sociales, se alimentan en sus diseños de la información recolectada durante el trabajo de campo, por lo que se constituye en una nueva opción, no contrapuesta a las clásicas, de contrastación y representación de los datos sociales.

FRACTALES

Los fractales son una rama de la geometría cuya explosión mediática, en Occidente, fue motivada por el uso de las computadoras personales. Sin embargo y en virtud que los patrones recursivos que generan esta clase de figuras son decididamente simples, es decir que se pueden configurar sin una potenciadora de cálculo externa como la que provee la informática; sus formas pueden encontrarse a lo largo de la naturaleza. La característica más saliente de los fractales es su autosimilitud a diferentes escalas, la misma figura repitiéndose una y otra vez sin importar el punto en donde estamos focalizando.

Ron Eglash, antropólogo norteamericano, estudió los patrones geométricos fractales del Africa subsahariana y halló que estas figuras no son producto de un trabajo inconsciente sino fruto de la teorización y aplicación de modelos matemáticos. En su búsqueda encontró fractales en la distribución espacial de las estructuras de una aldea, casas, establos, corrales, silos, etc. Pero también en objetos de uso cotidiano, tales como sillas, estatuas, casas y hasta peinados. Su rescate de la etnomatemática, su nueva visión acerca de cómo las sociedades etnográficas utilizan modelos abstractos para la realización de las tareas cotidianas, lo posicionan como un pionero de lo que puede ser una antropología en el futuro.

Desde la perspectiva de este artículo rescatamos la importancia que Eglash impone a la cultura material como reflejo de un sistema de conocimiento indígena, que por un lado derrota para siempre las premisas aún existentes de una visión pueril y racista de los pueblos primitivos (pareciera que al sentido común occidental no le alcanzan las andanadas de argumentos que viene brindando la antropología desde fines del siglo XIX) y que por otra parte vincula en una forma clara las categorías cognitivas de una determinada cultura con sus expresiones materiales; operativizando en forma rigurosa el viejo sueño de tantos antropólogos y científicos sociales de encontrar los nexos entre lo simbólico y lo material.

A MODO DE FINAL

La reflexión llegó hasta aquí. A partir de ahora no queda más que liberarse de los prejuicios metodológicos, inherentes a toda formación educativa y que contiene, a pesar de su criticismo, criterios rígidos no necesariamente conscientes, y experimentar con la cultura material.

La intención del presente texto fue simplemente reflejar en algunas pocas palabras ciertas inquietudes metodológicas, relacionadas con ausencias pero también con dudas que florecen cuando uno se enfrenta con el trabajo de campo.

En última instancia, ¡cómo nos gusta a los científicos sociales la última instancia!, lo importante es no conformarse y cuando el tábano revolotee sobre nuestros métodos y técnicas consagradas, es nuestro deber no espantarlo y detener el vicio de seguir rumeando presupuestos que ya, a esta altura del partido, merecen ser digeridos.

Finalmente, se impone la necesidad de tomarse otra licencia más, sino literaria al menos textual, de citar la bibliografía a pesar de que la revista que publica este escrito no suele incluir la bibliografía fuera de las citas. Las pocas citas realizadas en la exposición y la novedoso del tema, obligan a mencionar las fuentes, se enlistan algunas de éstas a continuación.

- Bronislaw Malinowski, *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Editorial Planeta, 1986.
- Carlos Reynoso, *Complejidad y el caos: Una aproximación antropológica*, Buenos Aires, Ed. SB, 2006.

- Eduardo Menéndez, *Antropología Médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones*, México, Cuadernos de la Casa Chata, 1990, Primera parte, caps. 1 y 2.
- Engels, Federico, *La dialéctica de la naturaleza*, Marxist Internet Archive, <http://www.marxists.org>, 2001.
- Franz Boas, *Cuestiones fundamentales de Antropología Cultural*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1964.
- George Murdock. *Social structure*, New York, 1949.
- Grupo Antropocaos, *Exploraciones en antropología y complejidad*, Buenos Aires, Editorial SB, 2007.
- Hugo Yacobaccio, "Cazadores complejos y domesticación de camélidos", en *El uso de los camélidos a través del tiempo*, Buenos Aires, Editorial Tridente, 2001.
- Karl Marx, *El capital. El proceso de producción del capital*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1991.
- Leslie White, *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1982.
- Lewis Binford, *En busca del pasado*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988.
- Luisa Pinotti, *Antropología alimentaria en la evolución humana*, Buenos Aires, Ediciones Císpan, 2007.
- Mary Douglas, *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2007.
- Michel Foucault, *Vigilar y Castigar*, México, Editorial Siglo XXI, 2003.
- Michael Schiffer, *Behavioral archaeology*, New York, Academic Press, 1976.
- Patricia Aguirre, *Qué comen los argentinos que comen. Seguridad Alimentaria y Estrategias de Consumo en el Área Metropolitana Bonaerense*, Buenos Aires, CIEPP, 2005.
- Ron Eglash, *African Fractals. Modern Computer and Indigenous Design*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1999.
- William Rathje, *Rubbish!: The Archaeology of Garbage*, New York, Harpercollins, 1992. ☼